

# REG

3/2023 (5) NOVIEMBRE-DICIEMBRE

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA  
DE ESTUDIOS  
GLOBALES  
ANÁLISIS HISTÓRICO  
Y CAMBIO SOCIAL

## SUMARIO

### PRESENTACIÓN

---

MANUEL NÚÑEZ	Capital ficticio y digitalización	7
--------------	-----------------------------------	---

---

### DOSIER

---

SHIMSHON BICHLER JONATHAN NITZAN	The Mismatch Thesis. Fiction and Reality in the Accumulation of Capital	13
-------------------------------------	--	----

---

MAKAROV EGOR	A Sociology of Central Bank Digital Currencies: Digital Ruble, Trust, and Financialization of the Social Life (on the Example of Russian Small Entrepreneurs)	41
--------------	--	----

---

MANUEL NÚÑEZ	El particular momento del dominio por el capital ficticio	63
--------------	--	----

---

JOHN MICHAEL ROBERTS	Digital Technology, Work, Finance and Crises: Do We Now Live in Lash and Urry's Capitalism of Mobilities or in Ernest Mandel's Late Capitalism?	133
----------------------	--	-----

---

MALFRED GERIG	Cartografías de la metástasis: mapas cognitivos, financiarización y la disputa hegemónica sino-estadounidense	161
---------------	---	-----

---

### ESTUDIOS

---

SINIŠA MALEŠEVIĆ	Guerra y Cambio Social	191
------------------	------------------------	-----

---

# Guerra y Cambio Social\*

Siniša Malešević

University College Dublin

*Irlanda*

**Resumen:** La guerra ha dado forma a gran parte de la historia humana y, como tal, ha tenido un profundo impacto en el surgimiento y la transformación de las relaciones sociales. En este breve ensayo Malešević define la guerra y describe los casos clave en la relación histórica entre la guerra y la sociedad.

**Palabras clave:** Sociología Histórica; Paz y Conflicto; Conflicto Social; Sociología de la Guerra; Guerra.

## Warfare

**Abstract:** Warfare has shaped much of human history and as such has had a profound impact on the rise and Transformation of social relations. This entry defines warfare and outlines the key instances in the historical relationship between war and society.

**Keywords:** Historical Sociology; Peace and Conflict; Social Conflict; Sociology of War; Warfare.

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.600251>  
<https://revistas.um.es/reg>  
ISSN electrónico: 2697-0511

\* Este artículo fue publicado por primera vez en inglés en el libro de George Ritzer y Chris Rojek (Ed.), *The Wiley Blackwell Encyclopedia of Sociology*, John Wiley & Sons, Ltd. Published, 2023. Agradecemos a Siniša Malešević su gentileza por habernos permitido traducir y publicar este artículo en la *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*.

Las definiciones convencionales, inspiradas en gran medida por Singer y Small (1972), caracterizan la guerra como un conflicto violento que implica un combate sostenido entre dos o más fuerzas armadas organizadas, lo que resulta en más de 1.000 muertes relacionadas con la batalla en un período de 12 meses. Sin embargo, tales definiciones han sido cuestionadas por varios motivos: el umbral relativamente arbitrario de muertes humanas, la incapacidad de diferenciar entre diferentes tipos de conflictos violentos, la incapacidad de captar la dinámica social cambiante de los conflictos a lo largo del tiempo y el énfasis excesivo en la cantidad de muertes a expensas del cambio social cualitativo que tiene lugar durante y después de los conflictos armados (Malešević, 2014, 2017; Joas y Knöbl, 2013). De ahí que los sociólogos tiendan a utilizar definiciones más generales, que se centran menos en las muertes cuantificables y más en los procesos sociales que sustentan la experiencia de la guerra. En este contexto, la guerra se entiende como un conflicto armado prolongado que involucra el uso generalizado de violencia física con el objetivo de coaccionar a una o más organizaciones sociales para que cumplan con las demandas de otra organización social, lo que resulta en un cambio social significativo (Mann, 2023; Malešević, 2010, 2017).

Las explicaciones tradicionales también estaban arraigadas en la visión ampliamente compartida de que la guerra es una práctica humana inmemorial. Esta percepción, a menudo reforzada por la popularidad de las teorías neodarwinianas sobre la violencia, se basa en la creencia de que la guerra es sólo una extensión de impulsos agresivos genéticamente arraigados asociados con la necesidad de autoconservación de un organismo. Sin embargo, ninguna de estas dos suposiciones es correcta. Por un lado, décadas de investigación arqueológica, antropológica y planetológica han demostrado de manera convincente que nuestros predecesores prehistóricos generalmente desconfiaban de la violencia y que la institución de la guerra se desarrolló bastante tarde en la historia (Ferguson, 2013; Freír, 2007). Dado que nuestros predecesores cazadores-recolectores vivían en bandas pequeñas, fluidas, igualitarias y nómadas, simplemente carecían de los medios organizativos, ideológicos y tecnológicos para librar guerras (Malešević, 2017; Fry, 2007). Por lo tanto, no es ninguna coincidencia que la guerra surja y se expanda con el desarrollo de la vida sedentaria a principios del Mesolítico, hace entre 10.000 y 12.000 años. El desarrollo de la guerra está vinculado con la creciente importancia de la tierra y las correspondientes demandas organizativas para expandir o proteger el propio territorio. Sin embargo, las primeras guerras a gran escala aparecieron en la escena histórica hace sólo 5.000 años, lo que constituye un fenómeno paralelo al ascenso y expansión de los primeros estados (Otterbein, 2004; Kelly, 2000).

Por otro lado, es fundamental diferenciar claramente entre agresión o lucha, que podría tener sus raíces en inclinaciones psicológicas o biológicas específicas, y la institución social que es la guerra. A diferencia de la agresión, que podría ser una simple respuesta biológica a un ataque o amenaza externa, la institución de la guerra implica una acción colectiva altamente restringida y coordinada, regularmente sustentada por la división jerárquica del trabajo, la autodisciplina, el cumplimiento organizativo, y el despliegue relativamente sistemático de tecnología para perseguir objetivos específicos, en su mayoría instrumentales (Malešević, 2010, 2022). Esta guerra es mucho más que una simple extensión de «impulsos agresivos».

La investigación sociológica muestra que la guerra ha sido uno de los generadores de cambio social más importantes a lo largo de la historia de la humanidad. De hecho, la guerra fue el principal catalizador de la formación del Estado. Algunos de los sociólogos clásicos que escribieron a finales del siglo XIX y principios del XX, como Otto Hintze, Ludwig Gumplowitz, Gustav Ratzenhofer, Emil Lederer, Lester Ward y Franz Oppenheimer, ya identificaron fuertes vínculos entre la violencia organizada y el surgimiento de los primeros estados. Como señala Hintze «toda organización estatal era originalmente una organización militar, una organización para la guerra» (Hintze, 1975: 181). Estas ideas fueron desarrolladas aún más por sociólogos históricos contemporáneos, incluidos Charles Tilly, Michael Mann, Anthony Giddens y John A. Hall, quienes formularon teorías distintas centradas en los orígenes violentos de la formación del Estado. Así, Tilly (1990) sostiene que la proliferación de guerras en la Europa moderna temprana fomentó rivalidades interestatales y de esta manera obligó a los gobernantes aristocráticos a una reorganización sin precedentes de sus sistemas políticos. Más específicamente, Tilly conecta la creciente expansión de la guerra con el surgimiento de los aparatos estatales: el crecimiento de la administración civil se centró en aumentar los ingresos destinados a financiar guerras prolongadas, el aumento de la inversión en ciencia y tecnología iba dirigido a producir mayores cantidades de armamento más poderoso, y la expansión del sector bancario se centró en otorgar préstamos para guerras cada vez más costosas. En última instancia, los estados aumentaron su poder a través de una mayor centralización, una mejor acumulación de capital, la creación de instituciones fiscales más potentes y el desarrollo de sistemas legales capaces de hacer cumplir las leyes estatales en todo el territorio bajo su control. En este proceso, como sostiene Tilly (1985), los gobernantes a menudo actuaron de manera muy similar a los jefes mafiosos contemporáneos, al establecer sistemas coercitivos de protección monopolística, obligan-

do así a sus propios ciudadanos a pagar impuestos para financiar guerras externas, así como la pacificación interna mediante mayor vigilancia policial.

Como demostró hace años este sociólogo e historiador estadounidense, la consecuencia de aquellos cambios políticos combinados con la proliferación de la guerra en Europa llevó a la desaparición de muchas entidades políticas pequeñas, que fueron derrotadas y a menudo incorporadas a entidades más grandes. Por lo tanto, a finales del siglo XIX el mapa de Europa se había transformado dramáticamente: los más de 1.000 pequeños estados que contenía el solar continental durante el siglo XIV quedaron reducidos o incorporados a 25 grandes formaciones estatales (Tilly, 1985: 175).

Este fuerte énfasis en los orígenes coercitivos de los Estados está igualmente presente en el trabajo de Michael Mann (1986, 1993, 2012, 2023). Este sociólogo británico se centra en los orígenes de los primeros estados y sostiene que el poder estatal se ha definido históricamente por lo que él denomina «enjaulamiento social». En este contexto, diferencia entre grupos recolectores de apátridas, que tienen libertades casi ilimitadas pero no tienen seguridad ni fuentes seguras de subsistencia económica, y las poblaciones que habitan en los estados, que regularmente viven en sistemas que les brindan protección militar y recursos económicos, pero que al mismo tiempo restringen sus libertades individuales. Y, lógicamente, con la continua expansión de las capacidades estatales, los ciudadanos se volvieron aún más dependientes del Estado. En otras palabras, para Mann (1986) el desarrollo del Estado ha estado históricamente ligado a su capacidad de enjaular socialmente a sus ciudadanos, a menudo mediante el suministro regular de beneficios económicos y de seguridad. Así por ejemplo, el campesinado del antiguo Egipto era en general pobre, pero aun así estaba mejor alimentado y más seguro que sus vecinos cazadores-recolectores. La presencia del Estado fue crucial para el establecimiento de ciclos agrícolas relativamente fijos que hicieron que los alimentos estuvieran disponibles de forma regular. Sin embargo, el acceso continuo a tales beneficios seguía dependiendo de la voluntad de los súbditos de luchar o proporcionar mano de obra al servicio del imperio. Así, la creciente potencia organizativa del Estado también se reflejó en su capacidad para utilizar la guerra como mecanismo con el fin de extraer recursos, establecer el dominio regional y pacificar su ámbito interno. Desde el punto de vista histórico, Mann observa la guerra como uno de los mecanismos sociales más relevantes para el desarrollo del Estado.

Un hecho particularmente pronunciado en la era moderna, a medida que los Estados han ido logrando penetrar profundamente en la sociedad. Dicho de otro modo, los estados no han dejado de obtener mayores poderes

y competencias infraestructurales, es decir, la capacidad de extraer mayores ingresos, de vigilar plenamente sus territorios y jurisdicciones, de desarrollar y utilizar redes de comunicación y transporte, de reclutar a su población en tiempos de crisis y de monitorear el flujo de personas y bienes dentro de su ámbito territorial. Estos desarrollos organizativos contribuyeron significativamente al aumento de la guerra de movilización masiva en los siglos XIX y XX, lo que hizo que las guerras modernas fueran mucho más destructivas que nunca antes en la historia.

En el extremo de esta transformación organizativa estuvieron las guerras totales y otros conflictos violentos del siglo XX, que resultaron en más de 203 millones de víctimas (White, 2012). La relativa disminución del número de víctimas humanas en las guerras del siglo XXI está relacionada en parte con la proliferación de armas nucleares que, hasta ahora, se han utilizado en gran medida como elemento disuasivo para evitar una mayor escalada de las guerras interestatales. Sin embargo, como han señalado varios analistas, tener menos guerras no necesariamente indica declive o moderación: «El hecho de que las bombas nucleares exploten con menos frecuencia que los proyectiles normales no las hace más seguras» (Malešević, 2017: 134).

Pero el aumento de la capacidad organizativa de los Estados y la proliferación de guerras de movilización masiva no produjeron única y exclusivamente una carnicería sin precedentes. También generaron una intensa transformación social que trajo consigo avances sociales extraordinarios. Históricamente, las guerras han impactado regularmente en la variedad de divisiones sociales dentro de una sociedad, incluidos patrones cambiantes de estratificación, dinámicas de género y relaciones étnicas. Por ejemplo, la invención del armamento a base de hierro y su desplazamiento gradual del bronce anteriormente dominante, desencadenó un profundo cambio social en la antigua Grecia. Dado que las armas de bronce eran caras y escasas, su producción a menudo estaba monopolizada por unos pocos, lo que en última instancia generó el crecimiento de un orden social profundamente jerárquico en cuya cima se encontraba la casta de guerreros propietarios de armas de bronce. Por el contrario, la introducción de armas basadas en hierro, que eran baratas de fabricar, más duraderas y ampliamente disponibles, fomentó un cambio dramático en los patrones de estratificación existentes, lo que condujo a modelos igualitarios de orden social, como se ejemplificó más tarde en Atenas, Siracusa, Corinto y otras ciudades-estado griegas del mundo antiguo (Howard, 1976).

Muchos otros inventos inducidos por la guerra (por ejemplo, la rueda, el estribo, la brújula, la ametralladora, comida enlatada, etcétera) también han contribuido de forma extraordinaria a cambiar profunda y ampliamente las

relaciones sociales. Sin embargo, los avances tecnológicos inducidos por la guerra no fueron la única fuente de cambio en la estructura social. Estudios recientes indican que a lo largo de la historia las guerras a gran escala, junto con las enfermedades pandémicas, las revoluciones y los colapsos estatales, han sido el principal instrumento para reducir la desigualdad social (Scheidel, 2017).

La experiencia de la guerra también fue decisiva en el desarrollo de instituciones democráticas y sistemas parlamentarios. No es un accidente histórico que tanto los modelos democráticos de organización de la antigua Grecia como los de la Suiza medieval surgieran en órdenes sociales consistentes en soldados campesinos autoarmados que alcanzaron libertades únicas así como la capacidad de participar en la toma de decisiones sobre la base de su participación en la guerra (Malešević, 2014, 2017). Además, como ha demostrado convincentemente Hintze (1975), los sistemas parlamentarios modernos le deben mucho a las asambleas medievales de caballeros guerreros, donde su pertenencia a una comunidad política específica estaba vinculada a la voluntad de los aquellos de participar plenamente en las guerras libradas por las organizaciones políticas que representaban. Si bien estas asambleas guerreras inicialmente tenían una base de miembros muy reducida, con el tiempo se desarrollaron como un trampolín para la proliferación de diversos derechos políticos. En algunos aspectos, esta voluntad de participar en guerras también ha contribuido al desarrollo de algunos derechos sociales. Así por ejemplo, el gobierno prusiano de mediados del siglo XIX fue pionero en introducir algunas disposiciones sociales, como pensiones para exsoldados y sus viudas. En la segunda mitad de ese siglo, Bismarck había ampliado sustancialmente estas disposiciones para incluir seguros contra accidentes, atención médica y pensiones de vejez para muchos grupos de ciudadanos. Una vez que los gobernantes pudieron monopolizar el uso de la violencia en sus territorios, a menudo movilizaron el apoyo público para la guerra mediante la extensión gradual de los derechos de ciudadanía.

Como muestran Mann (1993) y Tilly (1990), el legado directo de las guerras del siglo XIX y principios del XX fue la extensión gradual de los derechos civiles, políticos, religiosos y sociales de la gente corriente. En la mayoría de los casos, estos derechos fueron otorgados por los gobernantes a cambio directo o indirecto del compromiso de los ciudadanos de luchar por sus estados: apoyar el esfuerzo bélico y tolerar un aumento de los impuestos públicos durante la guerra. Así, antes de la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los campesinos y trabajadores manuales europeos no habían alcanzado plenos derechos de ciudadanía y, en consecuencia, en su mayor parte tenían un sentido muy

débil de identidad con los estados que habitaban. Sin embargo, a medida que la Gran Guerra degeneró gradualmente en matanzas masivas con millones de muertes en las trincheras, los gobernantes de los estados europeos se vieron obligados a introducir (en el caso británico) o ampliar el servicio militar obligatorio que movilizó a casi todos los estratos sociales. El resultado directo de esta experiencia de guerra fue la extensión de muchos derechos civiles, políticos y sociales para los campesinos y trabajadores manuales durante el periodo histórico de posguerra. Este cambio social a largo plazo fue particularmente pronunciado durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los enormes sacrificios de la guerra contribuyeron significativamente a la concesión de mayores derechos económicos a todos los ciudadanos y, en última instancia, al establecimiento de estados de bienestar plenos en Europa.

Por otro lado, las grandes guerras del siglo XX también han tenido un profundo impacto en las relaciones étnicas y de género (Enloe, 2018). La escasez crónica de trabajadores en las industrias militares y civiles obligó a los gobiernos a abrir el mercado laboral a las mujeres, lo que finalmente hizo mella en la base patriarcal del orden social. Una vez que las mujeres alcanzaron la independencia económica, fue difícil regresar al status quo anterior a la guerra. Además, la participación masiva de soldados de las colonias europeas durante la Segunda Guerra Mundial, junto con la derrota de la ideología supremacista nazi, contribuyeron significativamente a la deslegitimación del racismo en el mundo.

## Referencias

- Enloe, C. (2018). *The Big Push: Exposing and Challenging the Persistence of Patriarchy*, University of California Press, Oakland, CA.
- Ferguson, R.B. (2013). Pinker's list: exaggerating prehistoric war mortality, in *War, Peace and Human Nature* (ed. D. Fry), Oxford University Press, Oxford, pp. 112–131.
- Fry, D.S. (2007). *Beyond War*, Oxford University Press, Oxford.
- Hintze, O. (1975). *The Historical Essays of Otto Hintze*, Oxford University Press, New York.
- Howard, M. (1976). *War in European History*, Oxford University Press, Oxford.
- Joas, H. and Knöbl, W. (2013). *War in Social Theory*, Princeton University Press, Princeton, NJ.
- Kelly, R. (2000). *Warless Societies and the Origins of War*, University of Michigan Press, Ann Arbor, MI.
- Malešević, S. (2010). *The Sociology of War and Violence*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Malešević, S. (2014). Is war becoming obsolete? A sociological analysis. *Sociological Review*, 62 (S2). pp. 65-86.
- Malešević, S. (2017). *The Rise of Organised Brutality: A Historical Sociology of Violence*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Malešević, S. (2022). *Why Humans Fight: The Social Dynamics of Close-Range Violence*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Mann, M. (1986). *The Sources of Social Power*, vol. 1: *A History of Power from the Beginning to AD 1760*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Mann, M. (1993). *The Sources of Social Power*, vol. 2: *The Rise of Classes and Nation-States, 1760–1914*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Mann, M. (2012). *The Sources of Social Power*, vol. 3: *Global Empires and Revolution, 1890–1945*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Mann, M. (2023). *On Wars*, Yale University Press, New Haven, CT.
- Otterbein, K.F. (2004). *How War Began*, Texas A&M University Press, College Station, TX.
- Scheidel, W. (2017). *The Great Leveller*, Princeton University Press, Princeton, NJ.
- Singer, J.D. and Small, M. (1972). *The Wages of War 1816–1965*, Wiley, New York.
- Tilly, C. (1985). War making and state making as organized crime, in *Bringing the State Back In* (ed. P. Evans, D. Rueschemeyer, and T. Skocpol), Cambridge University Press, Cambridge, pp. 169-191.
- Tilly, C. (1990). *Capital, Coercion and European States*, Blackwell, Cambridge, MA.
- White, M. (2012). *Atrocities*, Norton, New York.